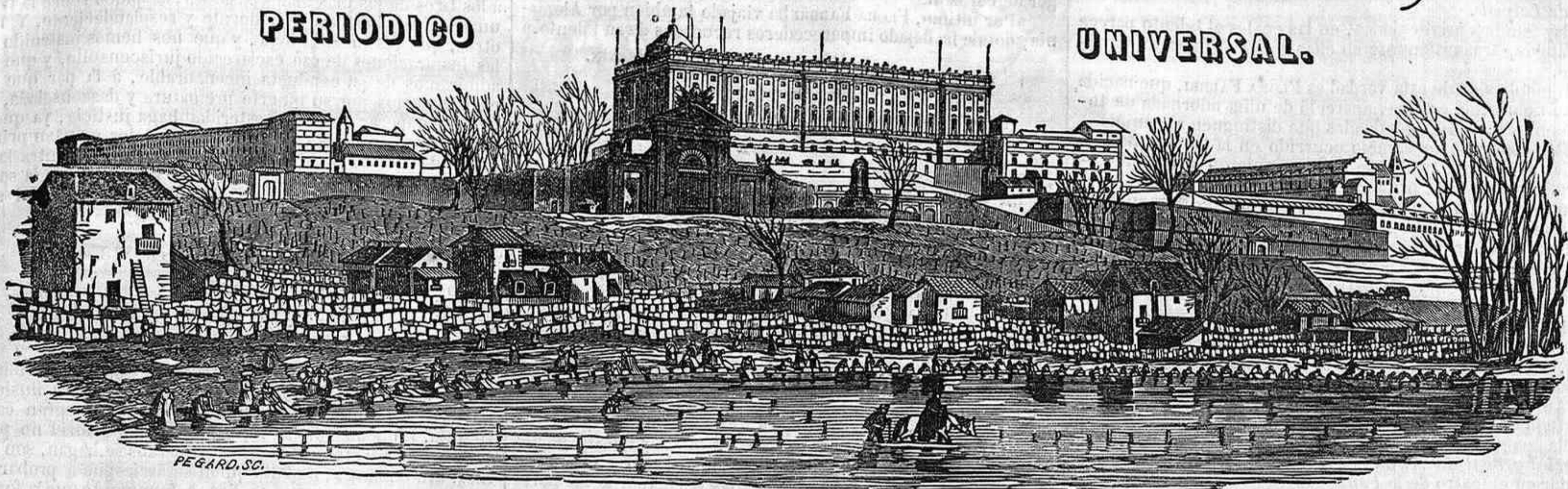


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 39.—SÁBADO 25 DE SETIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

ESPOSICION DE LONDRES.

BRONCES.

Los hermanos Lerolle se nos presentan bajo otro punto de vista en primera línea, pues trabajan el bronce para la ornamentación de los grandes edificios, como palacios, monumentos públicos y suntuosas residencias particulares, con un esmero e inteligencia que no conocen rivales.

Este género de fabricación exige atrevidas composiciones, hábilmente estudiadas y armonizadas, particularmente con las condiciones y conveniencias de los aposentos en que deben figurar. Es ciertamente una fortuna que se dediquen á estos trabajos y los eleven hasta darles la importancia que merecen, hombres especiales y hábiles, cuya única ambición estriba en las glorias del arte.

Entre los productos de este género espuestos en el Palacio de Cristal, era notable un gran blandon de dos ramales, que ostentaba detrás de estos una bandera desplegada: también contenía varios escudos de armas que llamaban mucho la atención, y representaban los blasones de la casa del príncipe Torlonia. Dicho blandon estaba dispuesto para diez y seis luces.

En el mismo género, y sin duda para el mismo destino, reconocimos igualmente otros dos blandones con mugeres de Cánova, figuras bellísimas, cercadas de follaje, al estilo de Luis XV. Los efectos de luz deben ser muy notables en estas piezas, y sobre todo á cierta distancia, circunstancia que puede conseguirse perfectamente en los inmensos palacios de Italia.

Los productos del arte extranjero decoran las suntuosas residencias de Florencia y de Roma! ¡Qué contraste entre las cosas del mundo! Pero no por eso censuremos con demasiada acritud á la patria de Benvenuto y de Miguel Angel. Todavía alimenta en su seno nobles hijos, cuyo talento se revela algunas veces, y que saben producir obras dignas de estudio que nos recuerdan los grandes días de los Médicis.

A otro género mas compuesto pertenece el bellísimo reloj llamado la *Conversion del moro*. Este es un caballero que lee la Biblia al creyente de Mahoma, que es otro guerrero como él. La expresión de las figuras, las posturas de los personajes, lo pintoresco de los trajes, todo es de una concepción

delicada, y no es posible idear un objeto de adorno mas apropiado á una sala de armas ó á otro aposento severamente amueblado.

El centro de la gran mesa de los hermanos Lerolle, independientemente de sus buenas disposiciones y de su graciosa construcción, tiene la ventaja de no ocultar á los convidados entre sí, lo cual no se consigue siempre con este género de ornamentación. Los candelabros de doce mecheros al estilo de Luis XVI, muy finos, y de un dorado mate, se distinguen particularmente por el gracioso dibujo y perfección de las figuras.

Mr. Victor Paillard sigue al frente de su excelente fábrica. El reloj candelabro de este artista es tal vez una composición algo atrevida; pero en un vasto salon, ó en una dilatada galería, de las muchas que se ven en Inglaterra, debe producir un efecto tan magnífico como sorprendente.

Mr. Paillard ha sabido sacar muchísimo partido de los nuevos procedimientos para oxidar el bronce. Sus tintas plateadas son perfectas, y á primera vista pueden engañar la vista mas ejercitada.

Dos péndulos al estilo del renacimiento, son una prueba palpable que corrobora los elogios que acabamos de estampar. Los preciosos candelabros que acompañan á uno de estos objetos, merecen asimismo grandes encomios por su composición original, y por el buen gusto y esmero con que están ejecutados.

La pila para agua bendita, sostenida por dos ángeles con alas semiflotantes, es una idea enteramente nueva, que no carece de mérito; y los vasos del género de Luis XV, cuya pintura imita á la de la porcelana, forman un adorno delicadísimo y perfecto. La estatuilla al estilo de Pradier, llamó mucho la atención de los inteligentes por la finura y ligereza de su ropaje. Las severas figuras de Hospital y de Aguesseau se hallaban de tal modo colocadas en la sombra de la galería, que era de todo punto imposible apreciar su mérito, y á pesar de que este es grande, puede decirse que en el Palacio de Cristal pasó desapercibido.

Si queremos examinar por un instante el efecto de los contrastes, debemos colocarnos entre las obras de MM. Vittoz y Paillard, y encontraremos las de los hermanos Levy, artistas hábiles que se han consagrado en cuerpo y alma al culto del género Pompadour, culto algo mundano en verdad, y que debe conseguir para nosotros el perdón de los elogios que creemos ha merecido, en consideración del gran principio

que en materias artísticas nos ha servido de guía, á saber, que la industria debe producir un poco de todo.

Y esto es lo que han hecho los hermanos Levy con las hermosas mezclas de porcelana y de bronce, en la fabricación de sus preciosísimas figuras y acabadas flores.

De Mr. Susse solo podemos decir lo que ya hemos consignado respecto á Mr. Vittoz: ha fabricado bellísimos artículos de ornamentación, sin cuidarse del estilo, de la época, ni del género á que pertenecen. Creemos que ha obrado con acierto y dentro de los preceptos del arte, porque lo bello siempre es bello. Se ha dedicado especialmente á reproducir asuntos históricos, y preciso es confesar que hasta el presente no ha encontrado rival que pueda disputarle la gloria que ha sabido adquirir á costa de un inmenso caudal de paciencia y de perseverancia.

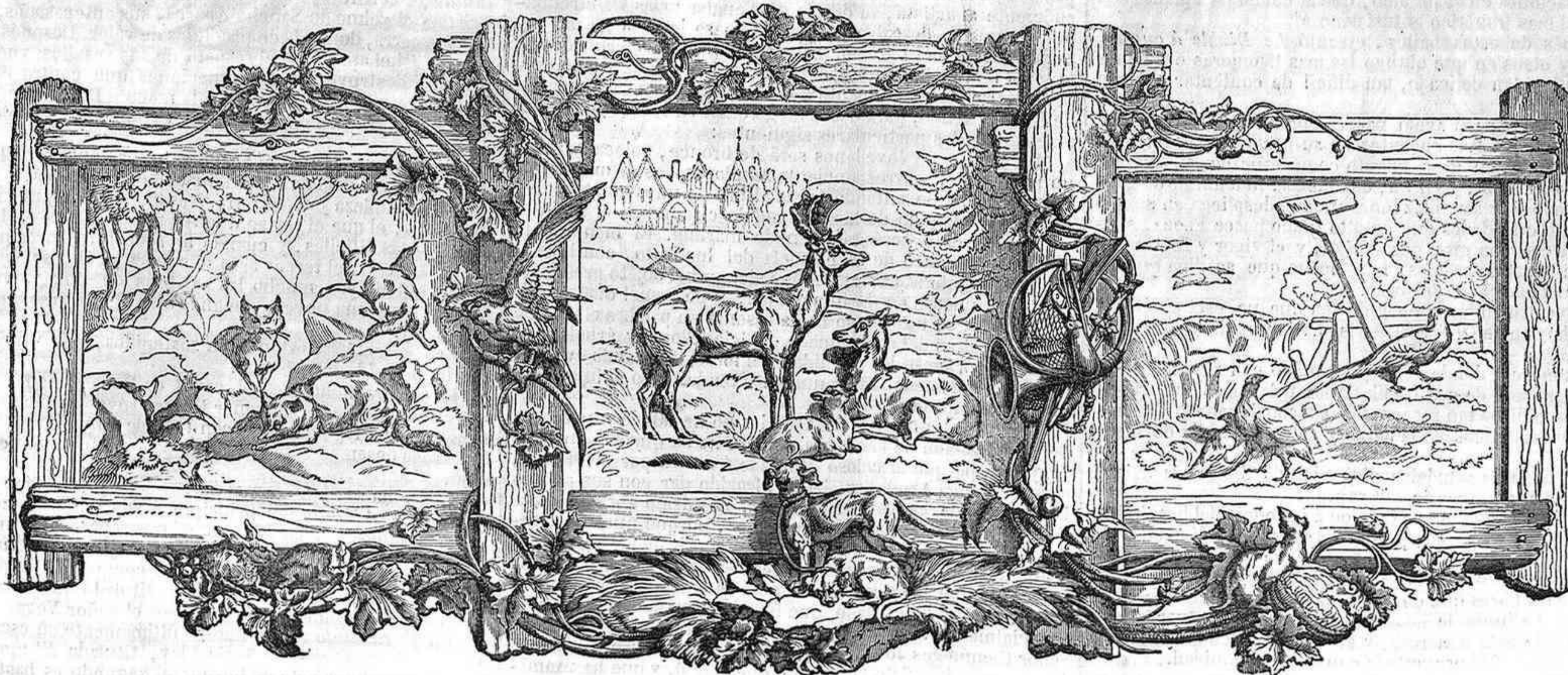
Al mismo autor se debe el famoso reloj de *Pablo y Virginia*; es una composición sin igual, que ha escitado la admiración de los mas aventajados artistas, y que basta, aunque otra no existiese, para extender la reputación de Mr. Susse.

En cuanto á la fabricación que podemos llamar basta, la mas propia y adecuada á una exposición, y que se recomienda por su buen gusto y por la solidez de su trabajo, se encuentra en los talleres de Mr. Potonié, cuya actividad y exactitud son universalmente conocidas. En el continente europeo escasean mucho estos hombres, tan comunes en Inglaterra, y que constituyen un lazo precioso para las grandes y durables relaciones industriales y mercantiles.

FLORA FABRI.

En el *Journal des Theatres* de enero y en *La Ilustracion de Leipzig* de 22 de mayo del año actual, hemos leído una biografía de la señora FLORA FABRI, primera bailarina de la grande Opera de París, y hoy escriturada para el Teatro Real. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán les demos íntegra esta biografía, puesto que se trata de una artista que dentro de breves días ha de aparecer sobre el palco escénico del teatro de Oriente, y acerca de cuyo mérito está llamada á pronunciar su fallo la escogida sociedad de la corte.

Nosotros, sin embargo de lo que dicen nuestros colegas de *allende*, esperamos ver á la señora FABRI para juzgarla,



Nuevo estampado sobre loza.

visto en el caso de mi noble pariente, de seguro no hubiese sido tan discreto.

VII.

Lo primero que sintió Federico cuando se convenció de su error, no fué, como se pudiera suponer, indignarse contra la calumnia, acusarse á sí mismo, arrepentirse ó renunciar á sus esperanzas, no. Aun admitiendo como verídicas las injuriosas sospechas de sus tías, no hubiera creído Federico atentar ni contra la memoria de su primo, ni contra la consideracion debida á Edith. Aun cuando esta hubiese amado al conde Segismundo; aun cuando el conde hubiese pagado esta dicha con el donativo de todos sus estados; aun cuando la esposa de Muller hubiese aceptado sin vacilar el precio de su ternura ó de su complacencia, el jóven oficial no hubiera visto en todo ello nada que no fuese muy sencillo y muy legítimo. Acostumbrado desde muy antiguo á este género de transacciones, Federico no era hombre que se espantase de pequeñeces; y no porque careciese de honor, de delicadeza, de lealtad; sino porque siempre que se trataba de aplicar la moral al amor, era un pozo inagotable de indulgencia. En todo lo que él acababa de descubrir solo había comprendido una cosa, á saber: que la plaza no se rendiría tan pronto como en un principio había esperado.

—Está visto, se dijo á sí mismo suspirando; será menester sitiaria en toda regla. Corriente; así me distraeré y me adiestraré al mismo tiempo. De todos modos yo tengo que desquitarme; y ya que no pueda ser de mi primo será de Muller.

Al día siguiente se presentó en casa de Franz, y desde el primer momento supo captarse la amistad del marido y de los niños. Por una contradicción que las gentes perspicaces comprenderán perfectamente, Federico llegó cargado de juguetes que Ulrica y Eduvigis le habían dado para los niños. Por lo que hace al padre, no le costó gran trabajo conquistarlo por entero. El nuevo señor de Hildesheim estaba tan poco conforme con la soledad en que vivía, al aislamiento en que lo habían colocado los Bildmann y los Stolzenfels, que no pudo menos de apresurarse á acoger á Federico, no solo del modo mas amable, sino hasta con la gratitud de los parias cuando por acaso reciben una prueba de afecto ó de benevolencia. ¿No eran las visitas de Federico una protesta terminante contra la insolencia de las solteronas, del mayor, de Dorotea y de los hidalgos vecinos? Por otra parte Federico era un excelente muchacho, que en todas partes estaba bien, y que con una sagacidad poco comun adivinaba al momento con qué especie de hombre iba á habérselas. Bajo las apariencias de un carácter descuidado y bonachon ocultaba una alma fina y observadora en extremo: verdad es que en esta ocasion no tuvo que poner á prueba su sagacidad, porque Muller desde su primera entrevista le abrió su corazón por completo.

Desde aquel día Federico frecuentó la casa de sus nuevos amigos con la mayor familiaridad. Su presencia produjo un poco de animacion en aquella familia que se entristecía mas y mas cada día. La jovialidad natural de su carácter, su vivacidad y las mil niñerías que inventaba para divertir á Hermann y Margarita volvieron á la vida á aquellas pobres plantas arrancadas de su suelo natal. Hoy organizaba una partida de caza; mañana una de pesca; luego dirigía magníficos paseos á caballo; después inventaba escursiones á pié á las ruinas de los alrededores. Fiel á la palabra que había dado á Edith, había enseñado para ella un lindísimo alazan con piés de ciervo y cuello de cisne, lleno de fuego y de bríos, pero dócil como un cordero á la mano de su señora. Federico sobresalía en todos los ejercicios del cuerpo: mataba los cervatillos bajo los piés de Muller; y cuando cabalgaban juntos al lado de Edith, la jóven castellana no podía menos de hacer entre ambos caballeros una comparacion que rara vez era ventajosa á Franz. Al cabo de algunas semanas los niños no se hallaban sin Federico. Este era muy aficionado á la música, segun antes había dicho, y por la noche cantaba con Edith, en tanto que Franz, sumergido en su colosal sillón, meditaba á sus anchas sobre los vencimientos y obligaciones de todo género que llovían como el granizo sobre Hildesheim, desde que maese Wolfgan, á nombre del nuevo castellano, había dado señales de vida á los adversarios del conde Segismundo, y despertado todo su ejército de curiales. Ello es que en menos de un mes el jóven oficial había venido á hacerse indispensable en el castillo. Jamás había amado seriamente; en consecuencia, por mas que hiciese justicia á las gracias de Edith, miraba como un pasatiempo ó un rasgo de vanidad triunfar de ella: Muller le había usurpado el castillo de Hildesheim, y por lo mismo al usurpar á Muller su muger, no hacía nada que no fuese de muy buena guerra y del mejor gusto. Cuanto mas se convencía de que trataba una muger decidida á resistir, ó mas bien



Por un movimiento rápido como el pensamiento, asíó el puñal de su adversario.

de una muger cuyo candor no le permitía comprender el ataque, tanto mas le interesaba el juego, y venía á mirar como una cuestion de honor tomar una plaza que parecía inespugnable. Persuadido de que la audacia y la presuncion no eran allí un medio de triunfo, continuaba su empresa á la sordina, sin aventurar ni una sola palabra que pudiese alarmar el corazón de Edith. Mientras llegaba la ocasion de declarar su amor, la profesaba una amistad desinteresada y caballeresca, de tal manera que en su interior Edith lo comparaba algunas

en tanto que Margarita coge á manos llenas cuantas flores hermosas ve y las va colocando en la falda de su vestido, Herman se apodera de la cometa, empieza á desarrollar cuerda y se dispone á lanzarla al aire. ¡Qué gozo, qué contento! ¡Con qué ardor asolaba Margarita las mejores matas! ¡Qué triunfante aparecía Herman ofreciendo á la brisa matinal la cometa, que agitándose ya en el espacio ostentaba su larga y poblada cola de papel rizado!

Mas la escena cambia de repente. Isaac Bildmann se precipita en el cercado, reconoce su cometa, se arroja sobre Herman y se la arranca de las manos. Este, que no tenía en eso de *mío y tuyo* las ideas mas claras y precisas, vuelve á apoderarse de la cometa, y alarga media docena de mogicones á Isaac, que contesta en el mismo tono. Desde aquel momento queda empeñado un combate en regla entre ambos campeones. Isaac es mas robusto, mas vigoroso y tiene mas años: Herman es mas ágil, mas valiente y mas irritable: la victoria, pues, está indecisa durante unos instantes; quizá se decida en favor de Isaac... Mas hé aquí que Margarita, inspirada por el amor fraternal, y teniendo firme con una mano la falda de su vestido, donde guardaba prisioneras las flores, coge con la otra una pierna de Isaac y lo hace caer en el césped. Herman, héroe generoso, no quiso abusar de su triunfo: satisfecho de ver su enemigo á sus piés, se alejó del campo de batalla llevándose la cometa, y Margarita, mientras que Isaac sin abandonar su posición horizontal daba unos gritos capaces de despertar los muertos. Nuestros dos vencedores no se descuidaban en acelerar el paso; mas al llegar al dintel de la puerta tropezaron de frente con el mayor. Arrebató á Herman la cometa, esparcir por el suelo las flores que llevaba Margarita, dar en fin con todo al traste, fué para él obra de un solo momento. Hizo mas: exasperado por los gritos de Isaac, y deseando vengar el honor de los Bildmann ultrajado en la persona de su hijo, cogió de la oreja á Herman, y en un acceso de cólera le tiró de ella hasta hacerle sangre. Al oír á su hermano gritar, Margarita empezó á gritar á su vez con todas sus fuerzas; toda la servidumbre acude presurosa atraída por el tumulto: Ulrica y Eduvigis aplauden desde su ventana la brutal conducta del mayor. En medio de esta escena de desorden aparece Muller preguntando la causa de aquella riña.

—Vuestros hijos, respondió bruscamente el mayor, se han permitido entrar en mi jardín, en el cercado que me he reservado, que me pertenece, que no pertenece á nadie mas que á mí. Vuestra hija ha destruido mis cuadros de flores; este trasto ha cogido la cometa de Isaac, y á fin de apoderarse del bien ageno, no ha vacilado en golpear al hijo



Andrés.

del mayor Bildmann. La venganza, á Dios gracias, no se ha hecho esperar mucho: le he dado un buen estiron de orejas, y le prometo otro mayor cada vez que se le antoje pegar á mi hijo.

Herman lloraba en silencio; Margarita sollozaba; Muller estaba pálido de cólera.

—¿Qué estais hablando de cercado ni de jardín? prurumpió dirigiéndose al mayor. Aquí no hay mas amo que yo, ya lo sabeis; hasta aquí he querido toleraros esta ridícula usurpacion: pues bien, desde ahora mismo quiero que sea destruida esa cerca. El testamento del conde está terminante: os da el usufructo de una ala del castillo; pero no dice una sola palabra de cercados ni jardines. Las flores que Margarita ha cogido son perfectamente suyas, pues que todo aquí es mio: si Herman tomó la cometa de vuestro hijo, hizo mal. Pero bastante era reprenderle: habiéndole pegado habeis sido un cobarde.

Al oír esta última palabra el mayor dió un brinco como si su sangre toda hubiera hervido de indignacion en las venas.

—¡Caballero! gritó dirigiéndose á Muller con ademan militar; bien sabeis que semejante insulto no se borra sino con sangre.

—Dad á mis palabras el sentido que gustéis, replicó Muller fuera de sí y sin retroceder una línea: si quereis una satisfaccion la tendreis tan completa como podais desear. Estoy á vuestras órdenes.

Hasta entonces el mayor se habia mostrado tanto mas intratable y altanero, cuanto que no creia que el músico fuese hombre capaz de hacerle frente. Envalentonado con el exterior tímido y dulce de Muller, la echaba de maton á cada paso: mas cuando vió que Franz lo cogia por la palabra, empezó á arrepentirse de su imprudencia. Sin embargo, á fin de guardarse una retirada, continuó dando voces esperando que Muller retrocederia y se decidiria á ventilar la cuestion de una manera menos helicosa. Franz, por el contrario, irritado cada vez mas, se negaba á toda reflexion, y es que la presencia de las dos solteras que estaban á la ventana aplaudiendo al mayor, habia acabado de exasperarlo.

—Ya os lo he dicho y os lo repito, gritó en voz alterada, pero fuerte, tendreis la satisfaccion que me pedís. Jamás he puesto la mano en una espada ni en una pistola: poco importa, nos batiremos mañana, hoy, ahora mismo si gustais.

Estas palabras, un tanto consoladoras, despejaron algo la frente del mayor, que el miedo empezaba á contraer. No obstante, por no esponer su pecho á la punta de una espada inesperta, ni su cabeza á las caricias de una bala demasiado juguetona:

—Señor Muller, repuso con dignidad, teneis en mí un adversario leal. No conoceis ni la espada ni la pistola: estas armas me son muy familiares. Pues bien, para igualar la suerte nos batiremos al sable.

—Al sable ó al fusil, como querais: para castigar vuestra insolencia todas las armas son buenas.

Dijo Franz, y tomando á sus niños por la mano volvió la espalda al mayor.

Retirada en el fondo de su páculo Edith no habia oído nada; así es que al ver entrar á su marido pálido todavía y trémulo de cólera lanzó un grito y corrió á su encuentro.

Franz, que se veía con gusto en el caso de probar á su muger que cuando era necesario no carecia de firmeza de carácter, la contó lo que acababa de pasar. En vano Edith procuró atraerlo á sentimientos mas pacíficos y demostrarle toda la puerilidad que encerraba un duelo á propósito de una cometa.

—La causa es lo que menos importa, replicó Muller con acento decidido: estoy cansado de la insolencia de los Bildmann y los Stolzenfels. Ahora se me presenta ocasion de hacerles ver lo que pienso y lo que siento; no es cosa pues de desperdiciarla. Voy desde luego á ocuparme de buscar mis testigos. Estoy seguro de que Federico no se negará á acompañarme en este lance de honor, y aun me prestará su sable.

—¡Al sable! gritó Edith aterrada.

—No te asustes, querida, dijo Franz dándole un beso: tengo la mano mas feliz del mundo, y desde ahora empeño mi palabra de presentarte mañana las dos orejas del mayor.

Algunos momentos después de haber salido Muller entró Federico. Venia de caza y nada sabia; así es que viendo á Edith anegada en llanto:

—¿Qué sucede aquí, Dios mio? preguntó acercándose á la bella castellana y atreviéndose por primera vez á tomarla una mano. ¿Qué teneis, señora? ¿Está malo alguno de los niños? ¿Qué es lo que pasa? Hablad, por Dios, hablad.

—Prometedme, Federico, dijo Edith con acento suplicante, juradme por la



Lanzó una especie de rugido, que se hubiera tomado por el aullido de un lobo, mas que por la voz de un hombre.

memoria de vuestra madre que no dareis vuestro sable á mi marido.

—¿Mi sable! ¿y para qué?
—Quiere batirse.
—¿Y con quién?
—Con el mayor.

Y derramando un torrente de lágrimas refirió al oficial la escena del parque.

—¿Y no es mas que eso? repuso Federico riendo á carca-

—Mirad, ahí teneis ya mi sable dispuesto.
—En ese caso tengo que decirnos que antes de batiros con Mr. Muller tenemos que arreglar nosotros dos una cuenta muy parecida.

—¿Os burlais?

—Con vos, mayor, no me burlo nunca. Yo sé que mas de una vez, delante de testigos y en los sitios mas públicos, os habeis permitido decir de mí cosas que no me gustan. Hasta ahora me habia abstenido de pedirnos una satisfaccion, respetando en vos el jefe de una familia; mas puesto que os esponeis por vos mismo, sin vacilar, sin reflexionar que vuestra vida pertenece á vuestra esposa y á vuestro hijo; como por otra parte es muy posible y aun muy probable que Mr. Muller envaine su sable en vuestro pecho ó en vuestro vientre, quiero usar de mi derecho y reclamo la prioridad que me pertenece. Me habeis ofendido de una manera brutal y mas de una vez; me he cansado de aguantar, y vengo á pedirnos una satisfaccion.

El tono decisivo en que hablaba Federico, hizo comprender al mayor que se trataba de un negocio serio. Bildmann no era lo que se llama un hombre apasionado al olor de la pólvora; por otra parte el resplandor de la hoja de una espada habia ofuscado siempre sus ojos.

—Antes de daros la satisfaccion que me pedís, dijo, espero que os digeis esplícarme en qué os he ofendido.

—Ciertamente, repuso Federico, que no me propongo traer ahora á la memoria todos los dichos impertinentes y groseros que habeis proferido relativamente á mí. Sabeis, tan bien como yo, todo lo que habeis hablado; no hay pues necesidad de refrescaros la memoria. En todo caso bastará citar uno de los mil dicharachos con que me habeis herido: ¿no habeis dicho que yo he consumido todo mi patrimonio en los garitos? ¿Es verdad, sí ó no?

—No lo niego, contestó el mayor; pero vos mismo ¿no habeis esparcido por ahí el rumor de que yo he disipado en las tabernas la dote de mi muger?

—¿No habeis dado á entender, continuó Federico, que después de haber arruinado á mis tias, habia venido á vivir á espensas de mi primo el conde?

—Convengo en ello; pero vos mismo, ¿no habeis sostenido que después de haber reducido á la miseria á mi muger y á mi hijo, habia venido aquí como un mendigo á implorar del conde Segismundo un pajar y un pedazo de pan?

—He dicho lo que he querido ¿lo oís? Nunca he hecho un misterio de los sentimientos que me inspirais. Pero lo que vos podeis decir de mí es otra cosa muy diferente: no olvideis que os prohibo pronun-



Después, acercándose á Jacobo, bajó su carabina.

ritas, y que mas tarde se imprimieron. La prueba de lo comun que ha sido entre los hombres doctos la noticia, se halla en que Moreri, el autor del gran *Diccionario histórico*, la presenta como cosa digna de crédito.

Felizmente, para el descubrimiento de esta verdad, ahora se ocupa Mr. Stirling, autor de la *Historia de la pintura en España*, que tan alta reputacion le ha dado, en escribir un trabajo acerca de las causas de la retirada de Carlos V al monasterio de Yuste. Deseamos ver la obra de aquel caballero inglés, tan docto en las cosas de nuestra patria, para formar un juicio exacto de quién fué la madre del vencedor de los turcos en Lepanto.

LOS TRIOS DE CHENIZELLES,

POR A. DE MUSSET.

(Continuacion.)

Felizmente la parte de violoncelo era poco complicada; Mr. Trude habia escogido para mi estreno conciertos de Haydn, en que el violoncelo no está obligado, y solamente sirve para doblar los bajos del piano. Luego que concluyó el adagio me dijo Mr. Trude:

—Vamos, Carlos, no ha salido muy mal.

Sentí que se me ponía encendido el rostro, y sin mirar á Mad. Loncle comprendí que se volvía hácia mi lado sonriéndose.

—¿Quereis que toquemos otra vez el adagio? dijo Mr. Trude.

—¿Cómo! ¿vais á empezar otra vez ese responso? preguntó Mr. Loncle; pues eso no parece mas que música de entierro.

Mad. Loncle se habia inclinado para contestar afirmativamente; pero al oír las palabras del marido, Mr. Trude quedó como cortado, y se apresuró á contestar:

—Ahora mismo vais á oír motivos mas alegres: aquí hay un minué...

—El minué pase, repuso Mr. Loncle; pero lo que habeis tocado es enteramente un responso.

—Pues bien, caballero, dijo Mad. Loncle á su marido, vamos á continuar.

Jamás he oído voz tan dulce ni tan sonora como la de aquella pobre muger, cuya triste resignacion se descubria en cada palabra que pronunciaba.

—Hacer lo que gustéis, replicó Mr. Loncle; ¿os gusta esa música? bien; pero como yo no lo entiendo, digo que es un responso; porque los cantores que van al cementerio no cantan otra cosa.

Cuando, después de haber tocado algunas noches, me hallaba menos embarazado con mi papel de mal instrumentista, pude examinar la fisonomía singular de Mr. Trude cuando tocaba. No era hermoso; su semblante carecia de expresion. Mientras que me daba leccion, Mr. Trude, mas bien fastidiado que seducido por sus demostraciones de inteligencia, me parecia feo; pero tocando trios en la casa de Chenizelles, la fisonomía del maestro de música cambiaba de repente. Se iluminaba, tomaba expresiones desconocidas, y hasta me parecia que sus ojos azules se llenaban de lágrimas interiores; en fin, era otro hombre.

Aspiraba la música con las delicias de un hombre que vuelve á la vida respirando el éter: su carácter se transformaba completamente. Se volvía un hombre dulce y complaciente, pues sabia hacerse humilde ante un canto de piano; suavizaba los ángulos de su carácter, y revestia, por decirlo así, de terciopelo las asperezas de su espíritu. Con un músico tal, tocaba yo mucho mejor, pues la atencion que él ponía me hacia á mí menos atolondrado. Nunca oí tocar á Mad. Loncle sola; pero desempeñaba su parte con tanto entusiasmo, que se hacia sentir hasta en el movimiento de las espaldas. Eran movimientos imperceptibles al vulgo, que pasaban del piano á los dedos y á todo el cuerpo. Alguna vez, contando compases de silencio, echaba yo una mirada á Mad. Loncle; y la manera con que sus manos recorrían el piano, era muy diferente de la que habia visto en otras grandes pianistas. Sus manos no hacían gran ruido ni pisaban con furor las teclas; al contrario, sus dedos estaban llenos de coqueterías infinitas y suaves delicadezas al ejecutar los pasos mas complicados.

El trio es la música íntima por excelencia. Cada nota es

una confidencia, y el que después de algunas sesiones de música pueda ocultar su carácter á sus compañeros, será un ser bien envuelto en el misterio. A los diez y siete años no comprendia yo todavía las confesiones que salen del vientre de un violoncelo, del pecho de un violin y de la caja de un piano; no hacia mas que adivinar, sin cuidarme de nada; eran menester pruebas muy claras para demostrarme que los hechos pueden ser conocidos, esplicados mucho tiempo antes para los espíritus observadores.

Es cierto que Mad. Loncle sufría, y que la música sola daba alguna tregua á sus pesares. Hubiera tocado toda la noche sin apercibirse de ello; pero á las diez Mr. Loncle se levantaba de su sillón, y esto era una orden inflexible. El ruido que hacia moviendo solo un poco los piés de su silla, volvía á su muger á la realidad. Se cambiaba su fisonomía, y se interrumpía el encanto; nos dirigía una triste sonrisa, que estaba llena de peticiones de perdon para su marido. Y nosotros, Mr. Trude y yo, nos volvíamos silenciosamente por Chenizelles, sin hablar mas que para hacer que el conserje de la ciudad nos abriese la pesada puerta que en invierno se cierra á las nueve.

Un dia nos anunció Mr. Loncle que Mr. Montbazen iría á oír nuestra música. Fué un acontecimiento en la casa de Chenizelles la llegada de un nuevo personaje. Mr. Montbazen era un rico propietario de las cercanías de L... y en la ciudad pasaba por uno de los grandes conocedores de música de la tierra. Las señoras de edad se acordaban de haberlo oído cantar en un concierto dado por Mr. Romagnesi; según las mismas, el brillante Romagnesi, muy célebre enton-

momento que le fué permitido retirarse, sin que pareciese que lo ahuyentaba el recién venido. El pobre maestro de música parecia muy disgustado con esta visita; dió las buenas noches con una voz mas melancólica que de costumbre, y creí apercibir que se estremecía cuando Mr. Montbazen anunció que dentro de quince dias volvería á la ciudad y que tenia sed de oír nuestros trios.

Un dia Mr. Loncle dijo á su muger que no habia dormido aquella noche, y que habia estado pensando en un agradable proyecto. Este era que los dos esposos debían, cada uno por su parte, redactar un diario de sus impresiones y de sus ideas. Mad. Loncle se opuso, manifestando que era inútil semejante tarea; ella no se separaba un minuto de su marido en todo el dia; así no tenia aventuras muy interesantes que contarle. El marido contestó que no eran impresiones de viaje las que queria; amaba á su muger hasta el imposible, y quería gozar de sus pensamientos. Cuando no hablaba pensaba en alguna cosa; esos pensamientos eran los que debían ser vertidos al papel, en forma de diario.

—Pero me acontece, repuso su muger, con frecuencia, no pensar ni meditar en nada fijo; á veces me rodea una cosa confusa y misteriosa que no tiene cuerpo ni color.

—Entonces escribirás eso, dijo Mr. Loncle. Por lo demás yo he empezado ya una especie de diario modelo, para que puedas guiarte por él al principio. ¿Quiéres que te lo lea?

—Como queráis, contestó la jóven con resignacion.

—Mr. Loncle sacó un cuaderno de su bolsillo, y leyó: «Martes 8 de enero. El profesor de música vino cinco minutos antes de la hora, y se marchó cinco minutos después

de la hora. Creo que este hombre es pródigo; ha malgastado diez minutos de su tiempo. El mismo dia á las cuatro de la tarde. Mi muger está triste, toca demasiado. Preguntar al médico si la música predispone á la melancolía.»

—Pero si siempre he estado lo mismo, dijo Mad. Loncle; hacéis mal de inquietaros y de creer que la música influye algo en mi carácter.

—Amiga mia, contestó Mr. Loncle, yo no pretendo tener razon; escribo todo lo que me pasa por la cabeza, y precisamente por eso es por lo que se hace indispensable la formacion de tu diario: contestarás á mis ideas, y las rectificarás cuando te parezcan falsas. Continuó: «Miércoles 9 de enero. En la noche del martes mi muger me creía dormido, y vi que lloraba. ¿Por qué llora? Investigar los motivos de estos llantos.»

—Os habeis engañado, señor... dijo Mad. Loncle.

—Bien, no hablemos mas de ello, interrumpió el marido; no quiero saberlo hoy; mira una buena página del diario, la esplicacion de tus lágrimas.

—Pero, señor... dijo Mad. Loncle.

—Por favor, se apresuró á replicar Mr. Loncle, no me lo digas, escribemelo. Si lo gastas todo en confidencias, me dirás luego que no tienes que escribir nada en tu diario. Y yo deseo que haya algo interesante todos los dias. «Idem miércoles. He recibido una carta que me llama á los Pirineos para arreglar asuntos de importancia. Reflexionar detenidamente si debo llevar conmigo á mi muger, ó dejarla en casa.» Aquí tienes otra contestacion, amiga mia, pues todo depende de tí.

—Os seguiré á todas partes, si quereis, contestó Madama Loncle.

—Lo sé muy bien, repuso el marido; pero yo habia pensado que esta era la mejor ocasion para poner en planta tu periódico. Naturalmente tendrás muchas cosas que decirme apartada de mí: ¡oh! ¡eso seria encantador!

—Y qué, ¿me dejariais sola únicamente por el placer de recibir mis cartas?

—No me comprendes, repuso Mr. Loncle; nada hay mas pesado para establecer que los hábitos; pero una vez que se adquieren, duran toda la vida. Si permanezco ausente de tí dos meses, tú me escribes todos los dias los sucesos mas insignificantes de tu vida, concluyes por tomarle gusto á esta tarea, y toda tu vida escribirás tu diario con placer.

—¡Oh! no lo creo, exclamó Mad. Loncle.

—Tanto mejor, mas me lo agradecerás cuando conozcas la fuente de goces que te procuro. Tú escribirás muchas cosas que no dirías, aun en la conversacion mas íntima... ¿Con que será necesario que parta?

—No, quedaos, dijo Mad. Loncle.

(Continuará.)



Vista interior de las galerías de San Huberto en Bruselas.

ces, habia sido eclipsado completamente por Mr. Montbazen. Apenas habíamos empezado el trio de Haydn, cuando llamaron á la puerta; el perro contestó desde adentro con su terrible voz.

—Ya está ahí Mr. Montbazen, exclamó con aire lleno de gozo Mr. Loncle. ¡Y esa Mariana que no va á abrir! ¡Irá á dejar que se hiele Mr. Montbazen á la puerta!

Habia en el fondo de estas palabras una gran ternura, pues Mr. Loncle de seguro no se hubiera incomodado si hubiéramos sido nosotros los que hubiésemos estado á la puerta, y nunca manifestó la mas ligera inquietud cuando yo entraba con mi violoncelo cubierto de nieve. Fué introducido Mr. Montbazen, y no olvidaré en mi vida la mala impresion que me causó. Saludó á Mr. y Mad. Loncle, me miró ligeramente, y examinó de arriba á bajo á Mr. Trude.

Mr. Montbazen era un viejo cruel, de esos de quienes se dice que tienen el perfil de hoja de cuchillo. Habia en efecto algo de cortante en la manera con que Mr. Montbazen miraba á las gentes; su boca no era mas que desden, sus ojos no eran mas que desprecio. La parte notable de la fisonomía de Mr. Montbazen eran los cabellos rojos, que parecia llevar con ostentacion. A cada instante los acariciaba con su mano, los bajaba hácia los ojos y los volvía á levantar con audacia; en fin, tenia mil fruiciones con aquel bosque de pelos rojos, de formas singulares.

La llegada de Mr. Montbazen pareció disgustar á Mad. Loncle, que con pretexto de atender á su huésped, se levantó del piano, á pesar de las súplicas de este para que continuase el trio comenzado. Se entabló la conversacion sobre materias mezquinas y provinciales; así Mr. Trude se despidió en el